

MY FATHER AND GILLETTE

Ferdinando Frega — Nando the Scribe

Gillettenarrative.com

MI PADRE Y GILLETTE

GILLETTENARRATIVE — ARCHIVO PERSONAL

Mi padre falleció en abril de 2025.

No ha pasado un solo día desde entonces sin que su presencia me cruzara la mente.

La muerte saca a un hombre de la habitación.

No lo saca de la conversación.

Cuanto mayor me hago, más pedazos suyos descubro escondidos dentro de mí.

Gestos. Silencios. Reacciones. Maneras de mirar a la gente.

La herencia que importa nunca es el dinero.

Es el reconocimiento.

Cuando yo era joven, me miraba y me decía que era capaz de cosas que quedaban fuera de su propio alcance.

Pensaba que me estaba tomando el pelo.

Pensaba que los padres decían estas cosas porque los padres están obligados a creer lo imposible acerca de sus hijos.

Ahora lo entiendo.

No me estaba halagando.

Me estaba prestando una confianza que yo aún no había ganado.

Veía caminos que yo no podía ver.

Puertas cuya existencia yo desconocía.

Posibilidades que yo pasaría décadas intentando descubrir.

Éramos padre e hijo.

Luego nos hicimos amigos.

De esos amigos que hablan con honestidad de la vida, de las mujeres, de las victorias, de las humillaciones y de los sueños.

Luego nos hicimos colegas.

Conspiradores unidos por el trabajo, la sangre y la negativa obstinada a aceptar los límites ordinarios.

Por encima de todo lo demás, compartíamos un apellido.

Un apellido que hoy sobrevive no porque esté escrito en documentos, sino porque ha entrado en la narrativa.

Ha entrado en la memoria.

Ha entrado en GilletteNarrative.

A veces tengo la extraña sensación de que sigue mirando.

No como un juez.

No como un crítico.

No como el hombre que dice:

«Te lo dije».

No.

Más bien como un observador silencioso que estudia un experimento que ayudó a crear.

Un hijo que nunca siguió el manual de instrucciones.

Un hijo que una y otra vez se salió del formato.

Un hijo cuya vida produjo resultados que nadie habría podido predecir razonablemente.

Lo echo de menos.

Su sonrisa.

Sus pausas.

Su silencio.

Sus decisiones.

Esos pequeños fotogramas conservados en la memoria que ningún archivo puede guardar y ninguna tecnología puede recuperar.

Fue capitán del Ejército italiano a los veintisiete años.

Pero el rango nunca lo explicó.

Lo que lo hacía único era más sencillo.

Era mi padre.

La parte callada de mi existencia mientras el resto del mundo competía por hacer ruido.

Y por eso le escribiré.

Adondequiera que esté.

Espérame.

Pero todavía no.

Todavía hay trabajo sin terminar.

Todavía hay misterios sin resolver.

Todavía hay historias que necesitan ser escritas.

Un día llegaré.

Y cuando lo haga, nos reiremos juntos.

No del éxito.

No del fracaso.

De lo absurdo del viaje.

Porque la experiencia vivida puede contar historias que la imaginación nunca igualará.

Adiós, papá. Por ahora.

Tu hijo,
Ferdinando